

sarias y dando prioridad a ese núcleo de temas y de formas de expresión recurrentes en la obra literaria de Bergamín. Es de agradecer, por todo ello, el acercamiento que facilita a una obra literaria compleja y multiforme, cuya coherencia totalizadora es difícil de captar y cuyo profundo impulso lírico se expresa a través de los ensayos (extensamente representados aquí), los escritos taurinos, los aforismos, la prosa lírica, el teatro (dos obras que reflexionan sobre la Guerra Civil) y la propia poesía que pone al alcance de los lectores esta *Obra esencial*.

Cuenca Toribio, José Manuel, *Cartas a un joven historiador. Estudios historiográficos*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2005, 177 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

Nos encontramos con una obra que, partiendo de unos propósitos modestos, toca temas de gran importancia con una sensibilidad y agudeza desacostumbradas en el panorama historiográfico español. Como declara su autor, no se trata de un manual historiográfico que se pierda en análisis sesudos sobre conceptos, epistemología, metodología... y demás bagajes que conforman el arte de Clío. Es un recetario casero y, como suelen ser la mayoría de estos, útil para los iniciados en el ejercicio de la evocación del pasado desde la atalaya del presente. La labor de rescatar los restos de la memoria colectiva (sobre todo en un tiempo donde tanta ilusiones, tomando prestado el título de una esclarecedora y valiosísima obra de Furet, han fracasado) se convierte en una de las misiones más urgentes de los amantes del conocimiento así como el establecer faros que guíen la travesía por el ancho mar de la vida y el saber.

Este libro, por tanto, está dirigido a aquellos que quieran encontrar (o redescubrir, que también hace falta) algunos consejos sobre el oficio que desempeñarán en los talleres de la historia. El archivo, la biblioteca o el infoespacio serán los lugares de trabajo pero nada de ellos se podrá aprovechar si falta la pieza clave de todo este apasionante entramado: el historiador. Una preocupación y enfoque de matiz humanista iluminan constantemente estas casi dos centenares de páginas. El sujeto de la His-

toria y de su investigación es el ser humano, más allá de estructuras y trampas teóricas apriorísticas. Una postura que aunque suele ser defendida retóricamente con asiduidad, en la práctica, en el pulso y sesgo de los párrafos que negro sobre blanco constituyen la auténtica confesión del hecho y del ser de todo investigador, brilla por su ausencia a causa de diversos motivos que veremos expuestos en los textos que conforman esta obra.

Aunque la variedad de ensayos que están presentes (las cartas a un joven historiador son sólo tres), nos podrían hacer pensar que la dispersión afectará a la claridad del conjunto y por tanto a su utilidad, de hecho todos ellos están penetrados por una amplia y sopesada gama de reflexiones que se complementan unas a otras. Esto permite que la atención del lector no se centre sólo en cuestiones puramente formales sino que se adentre en auténticos “casos prácticos” (por ejemplo, el referido a la conmemoración del II Centenario de la Guerra de la Independencia), cuyo estudio reforzará la coherencia y fortaleza de las tesis defendidas por el autor. Por tanto, tenemos las cartas a un joven historiador pero también una relación de la influencia de la historiografía francesa sobre la española de la segunda mitad del siglo XX (centrándose en los estudios de historia moderna y contemporánea), la importancia de Gonzalo Fernández de la Mora como crítico historiográfico, la proyectada celebración del referido II Centenario de la Guerra de la Independencia y de la convivencia (la mayoría de las veces, desgraciadamente incestuosa) entre el mercado editorial y mediático y la historia contemporánea, un fenómeno de cada vez mayor auge y actualidad.

El núcleo central de las inquietudes del autor es la objetividad. En suma, la recuperación del compromiso del historiador con la Verdad. Esto no supone enfrentarlo con la alianza que establece con la sociedad que lo alberga y a la que tanto debe. Es reencontrar su auténtico sitio como guardián del pasado y no como expoliador que vende sus tesoros a quien lance la apuesta más alta.

No sólo razonamientos morales se aducen a lo largo de la obra sino también al hecho de que en la liza se juega el futuro de la disciplina. Si la mayor de las potencialidades de la historiografía es la capacidad de recreación, de evocación de tiempos y mundos enteramente distintos al nuestro (a pesar de las críticas a la noción misma, si no al fenómeno, de progreso), la sensibilidad, empatía, com-

prensión... que seamos capaces de reunir no puede ser malgastada en patéticas imitaciones del auténtico “Tribunal de la Historia”. La distorsión y degradación del discurso de un historiador que cayera en esa trampa sería el único final al que estaría destinado, irremediablemente.

Ésta es una tendencia que se va agudizando especialmente en el caso de la historia contemporánea que, privilegiando el acontecimiento, la inmediatez y la promiscuidad con otras ciencias sociales y los medios informativos, está renunciando al distanciamiento y sobre todo, a una imprescindible actitud ponderada y medida, que le permitan evitar los Scila y Caribdis de la manipulación y el sectarismo.

Estos riesgos se ilustran en el epílogo de la obra, dedicado a mercado e historia contemporánea. Partiendo de la base de que las tendencias, tanto en la distribución cuantitativa como en el nivel cualitativo, de la historiografía contemporaneísta española apenas han experimentado alteraciones (un indicador del escaso dinamismo científico de este campo de estudios en nuestro país), se procede a establecer los lazos de unión entre esta escasa vitalidad investigadora y por otra parte, la bonanza en los círculos editoriales de esta materia.

El conocimiento, como cualquier sociólogo de la ciencia sabe, avanza por medio de la extensión de la concordia y el acuerdo entre la comunidad de profesionales, una vez superada una etapa de conflictos y disensiones. Pero una crisis continua, una *stasis* imperecedera como parece que se ha instalado en los solares del contemporaneísmo hispano, puede que beneficie a los editores pero no a los seguidores de la historia bien hecha. El fenómeno del revisionismo de la Guerra Civil y los debates enconados que ha provocado no son sólo un reflejo del fin del espíritu de la Transición, sino de una grieta insondable en el crédito de la objetividad y calidad de los investigadores que amenaza con engullir a todos por entero.

Ojalá el problema se limitase a las relaciones públicas, de cara a la sociedad, del gremio de los historiadores. También es una pérdida de oportunidades estrictamente científicas. Minusvalorar determinados temas y enfoques dentro de nuestra historia contemporánea no lleva sólo a que el ritmo de trabajos realizados se estanque o pierda frescura, al ofrecer variaciones manoseadas sobre determinadas hipótesis explicativas no puestas en duda ni de

palabra ni de pensamiento. Seca en definitiva, las fuentes del auténtico espíritu científico que según el decir popperiano son la crítica y la búsqueda continua y honesta del conocimiento.

Si la Guerra Civil fue una de las dos ocasiones en que España se hizo de nuevo presente durante la época contemporánea en la Historia Universal, la otra es la Guerra de la Independencia. Y a este vínculo entre la historia patria y la mundial se dedica otro ensayo, lleno de sugerencias sobre posibles temas de investigación para tan importante momento como de apreciaciones sobre la suerte que su conmemoración, tanto entre historiadores como entre la sociedad civil, ha tenido.

Lo cierto es que el localismo que impregna buena parte del panorama historiográfico español, despreocupado por la coyuntura internacional (salvo honrosas excepciones), y su monomanía por determinados objetos de investigación en detrimento de otros provocan que parcelas de indudable valor queden sin roturar.

Siguiendo la estela del “recogimiento” canovista, la despreocupación por Europa y resto del mundo hacen que olvidemos mirar a nuestro vecino más próximo y clave de bóveda de la estrategia británica, Portugal. A nuestras colonias de Iberoamérica, cuya participación en el proceso constitucional y en el nacimiento de la España liberal fue decisiva. A Suiza, Alemania, Países Bajos, Italia... y otros países de Europa cuyos soldados vinieron a morir en los campos de batalla españoles. Y por supuesto, a Francia e Inglaterra. Dos colosos enfrentados cuyos destinos dependieron en buena parte de la actitud y decisión de una potencia largo tiempo moribunda y cuya acta de defunción fue precisamente esta contienda.

Pero no sólo Estados, sino también ideas y realidades han sido dejadas a un lado y que ahora exigen mayor sitio dentro del aluvión que se espera en las librerías de nuevos títulos y reediciones. Examinar con detenimiento las características militares de las fuerzas en liza y de los personajes que las dirigieron (en especial la figura de Lord Wellington y de cómo la guerra peninsular impulsó su carrera), es a todas luces indispensable a la hora de analizar con garantías de éxito y credibilidad un conflicto bélico. El trasfondo agrario, base de la sociedad española durante buena de su contemporaneidad, se revela útil para aclarar las contradicciones políticas y sociales del Estado tanto josefino como

nacional. La identidad de España y cómo esta guerra ayudó a formar los cimientos de su andadura tiene que ser diseccionada dentro de ese “totum revolutum” de tradición y modernidad que el caos de las batallas y de la inestabilidad política creó. Y sobre todo, hay que propiciar una visión a más largo plazo del nacimiento y los destinos del edificio liberal en nuestro país. El reinado fernandino y el de su hija tuvieron que soportar durante sus años de existencia, las consecuencias de las decisiones, sacrificios, errores y aciertos que durante seis años convirtieron a España en el centro de la atención mundial.

El contemporaneísmo español, como aclara el autor en su trabajo sobre la historiografía francesa y su influencia en la historia moderna y contemporánea española de la segunda mitad del siglo XX, ha de encontrar su voz. Huérfano (o vástago rechazado) de la olímpica escuela de *Annales*, ha sido abandonado durante bastante tiempo por los aires de renovación historiográfica y los hermanos mayores europeos. Hoy, como en la mayoría de momentos interesantes de la historia, se encuentra rodeado de grandes peligros pero también de caminos de futuro. Todos los posibles finales (o mejor dicho, continuaciones del actual estado de cosas) pasan por esos jóvenes historiadores a los que, como se dijo en el principio de esta reseña, van dirigidos los consejos de uno de sus maestros.

“Una España posible para el siglo XXI”, número monográfico de *Cuenta y razón del pensamiento actual*, 138 (2005), 178 pp.

Por Raúl Ramírez Ruiz
(Universidad Rey Juan Carlos)

La revista *Cuenta y razón del pensamiento actual* es el órgano de expresión más importante de la Fundación de Estudios Sociológicos (FUNDES), institución privada de carácter no lucrativo, presidida, desde su creación en abril de 1979, por el académico Julián Marías hasta su fallecimiento el 15 de diciembre de 2005. El número 138 de *Cuenta y Razón*, que nos disponemos a reseñar, es un monográfico dedicado al análisis de la realidad y proyección españolas, desde perspectivas múltiples, que bajo el título “Una España posible para el

siglo XXI” recoge la edición del ciclo de conferencias homónimo celebrado en el “Salón de Actos Altadis de Madrid” entre los meses de enero y mayo del pasado 2005 bajo la dirección de Julián Marías y la coordinación de Helio Carpintero. En él se reúnen las reflexiones de catorce desatacados universitarios españoles sobre el ser, la potencia y los medios de la España actual. Estos son: Helio Carpintero, Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Vicepresidente de FUNDES; José Luis García Delgado, Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas; Martín Almagro, De la Real Academia de la Historia; María-Ángeles Durán, Catedrática de Sociología. Profesora de Investigación en el Departamento de Economía del CSIC. Manuel Núñez Encabo, Catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Vicepresidente del Ateneo. Catedrático Europea Jean Monnet; Pilar Martín Guzmán, Catedrática de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid; Miguel Martínez Cuadrado, Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático Europeo Jean Monnet; Mercedes Molina, Catedrática de Geografía Humana. Decana de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid; José Manuel Sánchez Ron, Catedrático de Historia de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid. De la Real Academia Española; Fernando Sáinz Moreno, Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid. Letrado de las Cortes Generales; José María Peiró, Catedrático de Psicología Social y de las Organizaciones de la Universidad de Valencia. Director del Observatorio de Inserción Profesional y Asesoramiento Laboral de la Universidad de Valencia; Leopoldo Calvo-Sotelo, Ex-Presidente del Gobierno; Miguel Siguán, Catedrático Emérito de la Universidad de Barcelona. Consultor de Comunicación. Secretario General de FUNDES.

Todas sus conferencias – artículos giran en torno a tres temáticas o líneas argumentales: la identidad de los españoles, la proyección exterior de España y las bases económicas, sociales y administrativas sobre las que construir el futuro.

Los artículos dedicados al análisis de la identidad de España y su problemática son cinco. El